

# «TIERRA DE LA MEMORIA»

(Notas sobre Felisberto  
Hernández)

## 1.

### Un escritor outsider

**Pablo Felipe Arango T.**  
*Profesor Universidad Autónoma de Manizales*



Como un escritor outsider clasificó Ángel Rama a Felisberto Hernández en su libro "La novela en América Latina"<sup>1</sup>, y es muy probable que con ello le haya causado Rama a Hernández, un daño que el primero nunca descó. El crítico literario a pesar de su amor, tiende a encasillar, a ubicar en medio de barreras al escritor pensando que de esta forma precisa aun más al artista y a su obra. Según él o se pertenece o no se pertenece a determinada escuela. Nuestra forma de conocimiento lastimosamente es comparativa. Solo conocen los niños, los demás apenas asociamos, comparamos una cosa con la otra, y si estas se nos parecen, pues entonces son lo mismo, o al menos parecidas.

Ante la dificultad de ubicar a Felisberto

Hernández en alguna de las corrientes literarias de su época, Rama lo llamo "Outsider" o "raro", que era de nuevo clasificarlo, pero dentro de un grupo en el que se ubican aquellos escritores condenados a nunca ser leídos, o leídos por épocas, o en el mejor de los casos, leídos por aquellos que igualmente se sienten raros. Por eso digo que el crítico en este caso le ocasionó a Hernández un daño.

Italo Calvino hizo también su parte, dijo en el prólogo de la versión al italiano de "Nadie encendía las lámparas", que "Felisberto es un escritor que no se parece a nadie: a ninguno de los europeos y a ninguno de los latinoamericanos, es un francotirador que desafía toda clasificación y todo marco...". Luego en el mismo texto Calvino intentó una clasificación que no le salió del todo bien, "un surrealismo a su aire, un proustismo a su aire, un psicoanálisis a su aire."

David Huerta, prologuista de las obras completas de Felisberto<sup>3</sup>, hizo también su intento y comparó sus cuentos con los poemas en prosa de Baudelaire, porque Superville llamo a Hernández un "conteur poetique", es decir un cuentista poético; al final Huerta reconoció que se trata de dos asuntos

absolutamente distintos, porque una cosa es ser un poeta en prosa y otra un cuentista poético. Pero cumplió con su tarea supuestamente crítica, al traer a colación a un escritor como referencia, así después hubiese sido necesario desechar la analogía. Al final cuando Huerta comprende que su comparación con el poeta francés no fue fructífera, termina diciendo que el trasfondo de los cuentos de Felisberto se encuentra en la obra filosófica de Carlos Vaz Ferreira y de Henri Bergson, de quien fue un "lector atento y escrupuloso...", en particular de "Materia y memoria".

Sin embargo, y a pesar de las referencias advertidas, es necesario reconocer que han existido aproximaciones críticas muy valiosas, la más acertada ha sido la formulada por Cortázar en el prólogo a una selección de cuentos hecha por Cristina Peri Rossi<sup>4</sup>. En ella el mismo Cortázar previene a los críticos y les excusa la sonrisa que su comparación provoca. Según él, Felisberto y Lezama Lima son comparables pues los dos pertenecen a esa "estirpe espiritual que puede calificarse de presocrática, para la cual las operaciones mentales solo intervienen como articulación y fijación de otro tipo de contacto con la realidad". Cortázar hace ver que los dos escritores "se conectan con las cosas desde una intuición que sólo puede ser instalada en el lenguaje por obra de la imagen poética". La comunicación descubierta por el argentino entre los dos escritores es más genuina, no corresponde a clasificaciones o comparaciones insulsas.

Como está visto, lo cierto es que el escritor uruguayo le da trabajo a los críticos, y aquellos más serios terminan por ubicarlo entre los raros. Sin embargo es necesario insistir en que este adjetivo es perjudicial, dado que con el se cuelga sobre el cuello del escritor un cartel que lo envía al terreno de los olvidados, y su obra o no es leída con la emo-



ción que merece, o es acaparada por camarillas que —ellas sí— le otorgan oscuridad y extrañeza. Por eso este trabajo solo pretende estimular la lectura de la obra del escritor uruguayo, quien de manera intermitente ha alcanzado la gloria que le da el ser leído por personas comunes y corrientes. Gloria que tal como lo dice Hernando Valencia Goelkel, “no requieren una ideología o un programa ni un pliegue epistemológico”, pues “es una empresa personal y basta con que un lector haga un redescubrimiento, y que ese hallazgo le resulte placentero”<sup>45</sup>.

A Felisberto no lo asistió nunca ánimo alguno de pertenecer a una escuela, aunque hubiese viajado a París a encontrarse con un ambiente más propicio para su obra, pues el viaje y su estadía allí, solo eran alentados por esa extraña intención de los escritores uruguayos de comienzos del siglo, de convertirse en franceses y escribir como tales. Nunca se debatió en cenáculos literarios, no perteneció a ningún grupo, ni al rededor suyo creó una escuela; su acendrado individualismo no se lo hubiese permitido. Escribió por pura necesidad, por pura y física necesidad, porque de lo contrario hubiera enloquecido, se le hubiera quedado una sola idea en la cabeza, como al personaje de su cuento “Tal vez un movimiento”, y sin duda hubiese terminado en un sanatorio, visitado regularmente por la infinidad de mujeres que lo asistieron.

Tal como sucede con un verdadero escritor, Hernández debía escribir para vaciar su memoria, para que el inconsciente no se le saturara. Y él, a quien la psicología le era tan afecta, sabía muy bien que no se encontraba muy firme en el terreno de los hombres simples que transitan el mundo. Por eso escribía, intentando desprenderse de los elementos que le cargaban la existencia, y en ese sentido toda su obra es autobiográfica. Antonio Tabucchi, respondiendo a Carlos Gumpert Melgosa<sup>6</sup> dijo que,



“el acto de escribir es una manera, más o menos oblicua, de hacer una confesión”. Una confesión parecida a la realizada en el sacramento católico, o al ejercicio psicoanalítico, pues en todas está presente el deseo de autoaceptación a través del arrepentimiento. Partiendo de esta consideración entonces, de la literatura como forma oblicua de confesión, es cierto que ella puede convertirse en una egregia sustituta del acto psicoanalítico. Así tiene razón Cortázar cuando advierte que todo escritor es su propio psicoanalista.

Efectivamente la obra de Felisberto es un extendido análisis psicoanalítico, un resumen del complejo mundo inconsciente que poseta. En su obra la confesión que practica todo artista se hace evidente, es como una especie de escritor desnudándose.

Cada instante de vida del escritor puede ser motivo desencadenador de un recuerdo, y así termina por descubrir que la vida y el alma que la sostiene, están hechas de momentos probablemente inconexos. Calvino percibió que la asociación de ideas es el juego predilecto de Felisberto, un hecho tras otro se van encadenando, hasta constituir el

complicado hilo que es nuestra existencia. Por ejemplo, el mismo escritor termina por asombrarse y se pregunta, en la que es quizás su obra más extensa, "Por los tiempos de Clemente Colling", lo siguiente: "No se bien por qué quieren entrar, en la historia de Colling ciertos recuerdos. No parece que tuvieran mucho que ver con él. La relación que tuvo esa época de mi niñez y la familia por quien conocí a Colling, no son tan importantes en este asunto como para justificar su intervención. La lógica de la ilación sería muy débil. Por algo que yo no comprendo, esos recuerdos acuden a este relato. Y como insisten, he preferido atenderlos." Posteriormente a lo largo del cuento, y una vez el escritor ha dejado que se hagan presentes los recuerdos, descubre la extraña y necesaria relación que ellos tienen con la figura de su profesor de piano.

La vida no tiene la secuencia lógica que nosotros, al organizarla a manera de historia, queremos darle; nuestra mirada es tan insignificante que no logramos precisar el inmenso orden del que hacemos parte. Por eso no descubrimos el pequeño acto, el gesto imperceptible que es realmente el desencadenador de nuestra existencia; sin embargo él reposa en algún lugar de nuestro ser, y cuan-



do surge, sentimos un desasosiego sin igual, la angustia propia del que descubre que no domina ni siquiera su propio ser.

Esa angustia la sentía de manera permanente Felisberto, aunada a aquella que los escritores sienten a diario. Los hechos, aunque reales, nunca serán narrados tal como sucedieron porque siempre se encontrarán mediados por la mente de quien los percibe. El escritor protagonista de "Las dos historias" lo descubre, "Al llegar a este párrafo se detuvo, se levantó y empezó a pasearse por la pieza. El sitio por donde pasea-

ba era muy estrecho; hubiera podido apartar la mesita para que fuera más amplio, pero le gustaba llegar hasta la mesita y mirar el párrafo que había escrito. También hubiera podido continuar su tarea, pero sentía una secreta angustia: para escribir, al pensar en los hechos pasados, se daba cuenta de que se le deformaba el recuerdo, y él quería demasiado los hechos para permitirse deformarlos; pretendía narrarlos con toda exactitud, pero bien pronto advirtió que era imposible; y por eso lo empezó a torturar esa indefinida y secreta angustia."

Precisar hechos vitales de Felisberto es complejo, primero porque no fue un escritor estrella que ameritase en su momento estudios detenidos sobre su obra y vida, y segundo porque el relato de ella se encuentra velado por la admiración y el reproche que mereció un hombre añorado y complejo. Según él mismo, nació en Punta Yeguas Uruguay, pero según sus familiares nació en Montevideo en 1902, hijo de un constructor canario y una mujer menuda y sobreprotectora que lo acompañaría a lo largo de su vida. Desde niño se dedicó por completo a la música y a capturar impresiones, por eso recuerda particularmente a Celina y a Colling, sus maestros de piano. Con ellos haría, o al menos con la imagen

que de los mismos guardó, dos de los cuentos mas característicos de toda su obra, "El caballo perdido" y "Por los tiempos de Clemente Colling". La música fue el ejercicio vital de Hernández, la escritura su ejercicio animico. A la primera dedicó gran parte de su vida y de ella extrajo los elementos con los que compuso sus obras literarias. Casi la totalidad de los cuentos se desarrollan en dos escenarios, o la casa de familia, siendo el protagonista un niño; o lugares inverosímiles en donde se hace presente un músico; la casa de una viuda por ejemplo, o el palacio habitado por un anciano y su hija, en donde de un balcón se suicida por celos.

Se desempeñó durante muchos años como pianista de películas mudas, presentadas en teatros de los suburbios de Montevideo o en ciudades de provincia, alcanzó algún éxito como músico, habiendo llegado incluso a componer obras escuchadas en conciertos de amplia asistencia. Durante su matrimonio con Amalia Nieto por ejemplo, interpretó las obras de Stravinsky y de Albeniz en conciertos dados en Montevideo y Buenos Aires, utilizando partituras plagadas de pinturas y figuras infantiles, que su propia esposa dibujó y montó sobre las notas, para que acompañaran a Felisberto mientras este

*Precisar hechos vitales de Felisberto es complejo, primero porque no fue un escritor estrella que ameritase en su momento estudios detenidos sobre su obra y vida, y segundo porque el relato de ella se encuentra velado por la admiración y el reproche que mereció un hombre añorado y complejo.*

se encontraba solo frente al piano. Es de suponer que su obra musical no era mala, dada la aceptación universitaria que alcanzó; en el Ateneo recibió un homenaje que suscribieron mas de tres mil firmas. Aun hoy se realizan conciertos en América y Europa en su homenaje.

La música fue a través de dos caminos el elemento generador de su obra literaria. En primer termino porque se trataba de un músico trashumante, que no tenia ni vecindad, ni trabajo determinado; hecho este que alimentaba al voyerista que llevaba dentro; y segundo porque la construcción de sus cuentos es similar a una composición musical, es por ejemplo repetitivo, llega hasta el extremo de repetir frases o palabras, incluso en cuentos distintos.

En cierta época abandono la música y quiso dedicarse por completo a la literatura, convencido de que allí encontraría la gloria que le habia sido esquiva; su éxito fue parco nuevamente, y no le quedó más camino que ingresar a trabajar al Archivo Nacional donde regresó, a través de un piano prestado, a la música. Murió de leucemia en 1964. Difícilmente pudo ser enterrado, su cadáver tuvo que esperar horas en el cementerio, mientras los obreros ampliaban aun mas la fosa debi-

do a su gran tamaño, y al estado en el que la enfermedad dejó su cuerpo.

## 2. Del camino por las tierras de la memoria.

En "Explicación falsa de mis cuentos" Felisberto entregó claves importantes mediante las cuales se puede entender en gran parte su obra: respecto a ellos advirtió que, "...No son completamente naturales, en el sentido de no intervenir la conciencia. Eso me sería antipático. No son dominados por una teoría de la conciencia. Esto me sería extremadamente antipático. Preferiría decir que esa intervención es misteriosa. Mis cuentos no tienen estructura lógica...". Si bien el escritor no sabía de donde surgían sus cuentos, si comprendía la condición de los mismos, la falta absoluta de lógica en ellos, la inexistencia de razones comprensibles para su creación. Sentía que frente a sus relatos, no podía dar una explicación medianamente comprensible, al igual que no pudo explicar el día que siendo niño, y al dejar caer una botella de vino, recogió los pedazos de vidrio y los llevo a casa. ¿Para qué si no era necesario comprobar lo que había sucedido?. Los adultos se rieron, y él no tenía una explicación lógica para su acto.

Mas adelante en el mismo texto, Felisberto sugiere que sus cuentos son como una planta que germina en algún rincón de su ser, a la que él acecha a la espera de que tenga hojas y flores de poesía. No sabe como hacerla germinar, ni como cuidarla, solo intenta que no ocupe mucho espacio y que no pretenda ser bella, pues "si es una planta dueña de si misma tendrá una poesía natural". La planta no se dejará en ningún caso convencer ni envanecer por el contemplador. Esta imagen del nacimiento de sus cuentos se repite en "Poema de un próximo libro": "He ido a la memoria a juntar hechos/ al rededor de los hechos han crecido pensamientos. Esos pensamientos tienen muchas palabras/ son pocos los que he podido arrancar...".

Sus relatos son entonces plantas con flores y hojas, que germinan en la tierra de la memoria. La memoria esta habitada por recuerdos. La memoria es la tierra, los recuerdos son el mobiliario de esa tierra y los cuentos son los pensamientos que germinan. En "Corazón verde" lo describió así, "Todos estos recuerdos vivían en algún lugar de mi persona como en un pueblito perdido: él se bastaba así mismo y no tenía comunicación con el resto del mundo. Desde hacía muchos años allí no había nacido ninguno ni se había

muerto nadie. Los fundadores habían sido recuerdos de la niñez. Después, a los años, vinieron unos forasteros: eran recuerdos de la Argentina. Esta tarde tuve la sensación de haber ido a descansar a ese pueblito como si la miseria me hubiera dado unas vacaciones".

El ser humano vive en dos mundos y los observa al mismo tiempo. Uno es aquel en el que vive el presente, otro es el que se lleva adentro, aquel pueblito que relata Felisberto y al que él, con la regularidad debida, visita emocionado, porque "tal vez se encuentre con que la población ha aumentado".

Pero la memoria no solo la habitan nuestros recuerdos, a ella la componen infinidad de elementos, los que subrepticamente se cuelean y reposan imprevistos hasta que surgen de manera inesperada. En ocasiones se alojan en ella incluso recuerdos ajenos: "Yo he vivido cerca de otras personas y me he guardado en la memoria recuerdos que no me pertenecen"<sup>8</sup>. Luego los recuerdos se mezclan y no importa el lugar del que proceden.

Pero los recuerdos de Felisberto, como los de cualquiera, no afloran en orden, y mucho menos coinciden con los hechos,

van surgiendo en infinidad de composiciones. Los recuerdos de ahora, no son los mismos que tuvo ayer, aunque hoy hubiese visitado la memoria en procura de los recuerdos del mismo viejo Colling. Aquel pueblito aumenta constantemente la población. Los recuerdos además no se ubican siempre en el mismo lugar, de tal forma que es probable que se acompañen de unos muy distintos mañana. Se trata de una combinación infinita.

Aquella memoria, bien sabía Hernández que en términos psicoanalíticos se denomina inconsciente. Sin embargo en la explicación falsa a sus cuentos no lo expresó así, tal vez porque habría sido muy explícito, lo que por supuesto no le complacía. El hombre tiene en su interior otro mundo extraño y complejo, más atractivo que la realidad, por eso el paseo que él o cualquiera da por aquellas tierras es peligroso. "... Sin querer había empezado a vivir hacia atrás y llegó un momento en que ni siquiera podían vivir muchos acontecimientos de aquel tiempo, sino que me detuve en unos pocos, tal vez en uno solo; y prefería pasar el día y la noche sentado o acostado. Al final había perdido hasta el deseo de escribir. Y esta era precisamente, la última amarra con el presente. Pero antes que esta amarra se sol-

*El hombre tiene en su interior otro mundo extraño y complejo, más atractivo que la realidad, por eso el paseo que él o cualquiera da por aquellas tierras es peligroso*

tara ocurrió lo siguiente: Yo estaba viviendo tranquilamente en una de las noches de aquellos tiempos. A pesar de andar con pasos lentos, de sonámbulo, de pronto tropecé con una pequeña idea que me hizo caer en un instante lleno de acontecimientos. Caí en un lugar que era como un centro de rara atracción y en el que me esperaban unos cuantos secretos embozados ellos asaltaron mis pensamientos, los ataron y desde este momento estoy forcejeando. Al principio después de pasada la sorpresa tuve el impulso de denunciar los secretos. Después empecé a sentir cierta laxitud, un cierto placer tibio en seguir mirando, atendiendo el trabajo silencioso de aquellos secretos me fui hundiendo en el placer sin preocuparme por desatar mis pensamientos. Fue entonces cuando se fueron soltando, lentamente, las últimas amarras que me sujetaban al presente. Pero al mismo tiempo ocurrió otra cosa. Entre los pensamientos que los secretos embozados habían atado hubo uno que a los pocos días se desató solo. Entonces yo pensaba: "Si me quedo mucho tiempo recordando esos instantes del pasado, nunca más podré salir de ellos y me volveré loco: seré como uno de esos desdichados que se quedaron con un secreto del pasado para toda la vida. Tengo que remar con todas mis fuerzas ha-

cia el presente”<sup>99</sup>.

¿Quién ara la tierra de la memoria para sembrarla?, y ¿quien escoge dentro de ella los paisajes y los pedazos de pasado que afloran a cada instante?. Ni Felisberto, ni usted, ni yo lo sabremos. El azar aquí como en tantas otras cosas ha de tener bastante que ver.

### **3. Del extraño papel que los objetos juegan en la memoria.**

Pero la memoria según el escritor no sólo está compuesta por hechos alojados en ella, velados por los recuerdos ya anteriores, o por la peculiar forma de ver el mundo, sino también por objetos. Hernández era en extremo animista. Los objetos según él, tenían alma, llegaban incluso a parecerse a los seres humanos y se les podían otorgar virtudes o defectos propios de los hombres. Para Felisberto el mundo estaba habitado por seres de una sola categoría. No existen según él, seres vivos e inertes, o buenos o malos, solo existen seres en su memoria, o fuera de ella. Seres que ya son un recuerdo, y seres que apenas lo serán.

No cabe duda de que los objetos juegan papel muy importante en los recuerdos del escritor y por ende en sus cuentos, en algunas oportunidades ellos por si solos son capaces de crear un ambiente y desarrollar la historia: “Como estábamos en invierno, pronto era la noche. Pero las ventanas no la habían visto entrar: se habían quedado distraídas contemplando hasta ultimo momento la claridad del cielo. La noche subía del piso y de entre los muebles, donde se esparcían las almas negras de las sillas. Y entonces empezaban a flotar tranquilas como pequeños fantasmas inofensivos, las fundas blancas...”<sup>100</sup>. En otras ocasiones, los objetos toman vida y se sublevan en contra de los protagonistas del cuento, e incluso hasta del escritor: “... Entonces me pa-

recía que alguno me hacía una secreta seña para otro, que otro se quedaba quieto haciéndose el disimulado, que otro le devolvía la seña al que lo había acusado primero, hasta que por fin me cansaban, se burlaban, jugaban entendimientos entre ellos y yo quedaba desairado...”.

La atracción que nos provocan los objetos que nos rodean, se debe sin duda a que en ellos hemos dejado algo de nosotros, nuestras miradas por ejemplo, nuestras huellas, en fin, los objetos poco a poco se toman nuestras prolongaciones. Por eso pueden llegar a pasarnos una mala broma al sublevarse. La historia narrada en aquel cuento en el que un cigarrillo estropeado se las arregla para no dejarse fumar, nos ocurre a diario. Es cierto que los seres inertes carecen de movilidad y mas aun de inteligencia, pero es que sin duda alcanzan a significar tanto en nuestra precaria existencia, nuestra casa por ejemplo, es el universo creado por nosotros, y las cosas que la habitan son concebidas o compradas a nuestra imagen y semejanza. Construir una casa o habitarla, es una composición idéntica a una obra de arte; la posición de los muebles, la ubicación de las ventanas, etc., obedece a las mismas extrañas razones que preceden a la creación artística; por eso no es extraño que las cosas puedan llegar a tener vida, o a rebelarse como sucede con ciertos personajes literarios, que una vez alentados, viven por si solos, y no requieren de su creador.

El silencio además, y probablemente dada la formación musical de Felisberto, es un elemento que toma vida en los cuentos y que se comporta como un ser deliberante, el silencio escucha la música interpretada por el común protagonista de los cuentos, luego opina hasta el punto de intervenir, dejando los “sonidos llenos de intenciones”. El sonido es por otra parte, comparado en repetidas ocasiones, con un gato negro, el mismo quizás que se pasea

por el escenario en "Mi primer concierto" y deja a los espectadores estupefactos.

#### 4. Esos extraños seres. (Las mujeres)

Felisberto se casó cuatro veces, y poco antes de morir había planeado un nuevo matrimonio, tuvo dos hijas con sus dos primeras esposas, a la primera dejó de verla poco después de su nacimiento y la volvió a conocer cuando ella tenía veintitrés años, días antes de que ella se casara. Nunca pudo comprender a las mujeres, frente a ellas sentía lo que el Adán de Mark Twain sentía de Eva, las consideraba seres extraños. Predominan en la obra felisbertiana cuentos caracterizados por la presencia de mujeres que manipulan todo su entorno y subyugan al protagonista. Exceptuando probablemente los cuentos Esther, Menos Julia y Elsa, en todos los demás relatos, las mujeres aparecen como seres incomprensibles. En "El comedor oscuro" por ejemplo, aparecen dos mujeres repulsivas, ordinarias, de aspecto desagradable; la criada es mal educada, entrometida y grosera, mientras que Muñeca, la dueña de casa, es fea, de mal gusto y arribista, ambas profanaban los recuerdos de la casa que habitaban, representados en los muebles dejados por su antiguo morador; en "La casa tomada", una viuda decide inundar toda la habitación y desplazarse por ella en una balsa en honor a su esposo muerto; en "El balcón", la hija es una mujer delirante, coleccionista de sombrillas abiertas, enamorada de su balcón, y poetisa obsesiva. Podrían citarse así muchos más ejemplos. Los hombres en cambio son simples, no presentan la inmensa variedad de matices que si despliegan ellas. El padre de El balcón no posee la imaginación que si tiene su hija, y le da dificultad seguirle los pasos cuando ella le consulta acerca de las decisiones que deben tomar sus personajes imaginarios. Los hombres son grises, insípidos, las mujeres esconden en cambio mucho más, tienen la natural y cierta capacidad para el misterio.

Otra clase de mujeres también hace presencia en la obra de Felisberto, se trata de sus primeras maestras y su tía abuela Petrona. Ellas si bien no son excéntricas como las anteriores, si conservan una inmensa posibilidad dramática. Las manos de las maestras, el cuerpo de Petrona y sus bromas entre tiernas y maléficas, son las primeras habitantes de la memoria. Por eso aparecen al más mínimo esfuerzo, en cualquier esquina de aquel pueblo perdido, sentadas en una banca tejiendo o acariciando los dedos amarillos y negros de un piano.

Según narran los pocos biógrafos, la relación con todas sus esposas fue tormentosa y enredada. Se debatía constantemente entre el amor y el desamor, no el odio, ni el desprecio, sino el desamor, aquel que al igual que el amor surge en cualquier curva. En el cuento "Ester", el protagonista se enamora de una joven que ve pasar por el parque, día tras día vuelve al mismo sitio a verla pasar y a seguirla, finalmente decide declararle su amor. Luego pasó lo que no debería haber pasado, lo que pasa siempre, él, de pronto, no vio a Ester ex-



traordinaria y los destinos se separaron definitivamente, ella continuó su camino y él terminó en un café, tranquilo, lamentando lo imprevisto pero seguro. Igual sucedió con la última esposa del escritor, ella enfermó y la tuvieron que llevar a la clínica, él salió y regreso con su madre y nunca mas la volvió a ver, ni siquiera mientras estuvo enferma. Sucedió lo imprevisible, lo de siempre.

### 5. Un escritor de historias fantásticas.

No vale definir a Felisberto como un escritor fantástico si con ello se le pretende encasillar en un estilo determinado. Cabe sin embargo señalar que casi la totalidad de su obra se desarrolla en un ambiente y con unos personajes que no pueden, definitivamente, observarse y mucho menos explicarse, bajo la óptica y la lógica que nos aportan el presente y la normalidad. No se puede tampoco decir que en sus cuentos los seres viven bajo el asombro que genera la fantasía, porque ellos siempre se desenvuelven con la mas absoluta naturalidad. Aquel acomodador por ejemplo al que le brillan los ojos en la oscuridad y puede observarlo todo bajo tinieblas, no se asombra de su facultad, y disfruta de ella como lo haría un niño al encontrar un juguete<sup>11</sup>. La propaganda de los muebles el canario, que se difunde a través de las venas de los ciudadanos, después de que todos son inyectados con una rara sustancia, no genera extrañeza; el protagonista sólo desea saber cómo se puede acabar de una vez por todas con aquel ruido infernal y permanente, hecho que lo mueve a sobornar a uno de los encargados de instalar la propaganda, quien le da la fórmula para desmontarse aquel creativo medio, "dese un baño de pies bien caliente", le dice el corrupto<sup>12</sup>. Una

propaganda le corre a uno por las entrañas, suena igual que la radio, y ella se suspende bañándose los pies, todo tan simple como mover el interruptor de un receptor.

Hay sin embargo historias fantásticas tocadas de mayor seriedad, como "La casa inundada" o "Las Hortensias", sin embargo en ellas también el asombro es nulo. Al igual que en los sueños, las historias mas inverosímiles suceden con total naturalidad, ni los protagonistas se asombran, ni los hechos se encadenan de manera lógica.

<sup>1</sup> RAMA, Angel. "La novela en América Latina". Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura. Procultura.

<sup>2</sup> CALVINO, Italo. "Un escritor que no se parece a nadie". Prólogo a la edición italiana de "Nadie enciende las lámparas". Traducción de Esther Benitez. Revista EL Pasante, Número 10, 1988.

<sup>3</sup> Prólogo a las obras completas de Felisberto Hernández. Tres tomos. Siglo Veintiuno Editores XXI, 1983.

<sup>4</sup> HERNANDEZ, Felisberto. "La casa inundada y otros cuentos". Prólogo de Julio Cortazar. Dibujos de G. Capazzoli. Selección de Cristina Peri Rossi. Editorial Lumen. Colección Palabra Menor.

<sup>5</sup> Ver "Las intermitencias de la gloria" en el libro "Leción del olvidado y otros ensayos". Hernando Valencia G. Editorial Norma, 1997.

<sup>6</sup> GUMPERT MELGOSA, Carlos. "Conversaciones con Antonio Tabucchi". Editorial Anagrama, 1995.

<sup>7</sup> En el cuento "Corazon verde".

<sup>8</sup> En el cuento "Menos Julia".

<sup>9</sup> En el cuento "El caballo perdido".

<sup>10</sup> En el cuento "El caballo perdido".

<sup>11</sup> En el cuento "El acomodador".

<sup>12</sup> En el cuento "Muebles el canario".